

*Sidonio Apolinar* describe el estado deplorable de las iglesias católicas bajo la dominación de los Visigodos: "Cubiertas de hierba y de zarzales, sin techo y sin puertas, parecían madrigueras de bestias bravas; á los obispos desterrados ó proscritos no se les reemplazaba," (1). Si el imperio de los Godos hubiera continuado, el catolicismo habría sucumbido.

Pero hé aquí que llega el defensor de la Iglesia. Clovis reúne sus guerreros y les dice: "Me disgusta que esos Godos, que son arrianos, ocupen la mejor parte de las Galias; vamos sobre ellos con la ayuda de Dios y echémosles; sometamos su tierra á nuestro poder, y obraremos perfectamente, porque es muy buena," (2). Haciendo de la guerra contra los Visigodos una lucha del catolicismo contra la herejía arriana, Clovis ganaba para su causa á las poblaciones del Mediodía. Los obispos habían entrado en relaciones con el joven conquistador desde el día de su conversión. En el año 496 fué depuesto Volusiano del obispado de Tours y llevado prisionero á España, acusándole de que conspiraba con los Francos; pero todo el alto clero abundaba en estos mismos sentimientos (3). Y cuando la guerra estalló, hubo muchos obispos que se pusieron á la cabeza de los feligreses para pasarse á los Francos (4). La invasión, tan ardentemente deseada por los jefes de la población galo-romana, no encontró obstáculo alguno; los conquistadores eran guiados y sostenidos como por una mano invisible (5).

El ingenioso *Dubos* ha tratado de justificar á los obispos galos: "Los emperadores, dice él, no habían traspasado parte alguna de las Galias; los reyes visigodos eran usurpadores, y los obispos, súbditos del imperio, no debían á aquéllos ninguna fidelidad," (6). Ese sofisma histórico no exime al clero galo-romano del crimen de traición. La dominación de los Visigodos tenía la legitimidad que todos los gobiernos; por consiguiente, era un deber para los obispos el serle fieles. Conspirando contra los príncipes arrianos, infringían los preceptos del apóstol en orden á la obediencia debida á

(1) SIDON. APOLIN., *Epist.* VII, 6.—GREG. TUR., II, 25.

(2) GREGOR. TURON., II, 37.

(3) GREGOR. TURON., X, 31; I, 33.

(4) FAURIEL, *Histor. de la Francia meridional*, t. II, p. 51-55.

(5) MICHELET, *Histor. de Francia*, lib. II, c. 1.

(6) DUBOS, *Hist. or. crítica de la monarquía francesa*, libro III, capítulo 18.

los poderes constituidos. Pero eso no ha estorbado que la Iglesia honre como mártires á los obispos culpables que sufrieron por su causa. El hecho es característico é importa insistir sobre él. Los defensores del catolicismo nos dicen todos los días que la Iglesia es el apoyo más sólido de la monarquía, y que ella sola enseña á los hombres á ser buenos ciudadanos. Pues hé aquí á esos buenos ciudadanos en el terreno de la práctica. Los jefes del clero hacen traición á su rey por la única razón de que no es ortodoxo. La verdad es que los católicos no conocen más patria que la Iglesia, y que desprecian los deberes más sagrados cuando está de por medio el interés de la religión.

Nosotros no negamos los beneficios de la conquista de los Francos; Clovis salvó al catolicismo. Pero ¿es esa razón bastante para legitimar la traición y para santificar los abusos de la fuerza? En el conquistador de las Galias no podemos admirar más que el genio guerrero, y la matanza que hizo de los jefes francos para consolidar su poder demuestra bien que, cuando convenía á su ambición, no retrocedía ante maldad alguna. La Iglesia debiera contentarse con bendecir la mano de Dios. El hombre era culpable; y si algo grande ha hecho, lo hizo como instrumento de la Providencia.

## N.º 2.—Los Francos y la Alemania.

### I.—Propagación del cristianismo.

La conquista de las Galias aseguró la existencia del catolicismo. Los Visigodos, encerrados en la España, se vieron obligados, para sostenerse en ella, á convertirse á la fe de Nicea; y cuando los Godos de Italia y los Vándalos de África sucumbieron á los golpes de Belisario, el arrianismo desapareció del mundo. Quedaba por convertir la Alemania pagana. La Iglesia tenía un admirable instrumento de propaganda en sus misioneros. Se ha deplorado que el cristianismo no se difundiese por aquel medio pacífico; pero esos lamentos pierden su fuerza ante la realidad. El apóstol de la Germania, mártir de su fe, confesaba que, "sin las órdenes y el temor del rey de los Francos, no hubiera podido dirigir los pueblos ni defender á los sacerdotes, á los monjes y á los servidores del altar, ni evitar las supersticiones de los paganos y el culto

sacrilego de los ídolos," (1). Y hay que tener en cuenta que Bonifacio predicaba el Evangelio á poblaciones sometidas al imperio de los Francos. En cuanto á las tribus independientes, rechazaban el cristianismo tanto como el yugo del extranjero. Á fines del siglo VII salieron dos monjes de la isla de Bretaña para propagar el cristianismo entre los Sajones, y ambos fueron asesinados. Algun tiempo después de la muerte de Bonifacio, estuvo á punto de sufrir la misma suerte el Anglo-Sajon Liawin. El ardiente predicador tuvo la imprudencia de amenazar á los paganos con la cólera de los Francos si rehusaban la gracia del bautismo; al oír lo cual, los Sajones exclamaron furiosos: "¡Perezca el enemigo de nuestros dioses y de nuestra patria!," É iban ya á asesinarle, cuando á uno de ellos se le ocurrió decir: "Muchas veces nos han venido enviados de parte de los Normandos ó de los Eslavos, y siempre los hemos despedido con regalos para sus príncipes; hé aquí el embajador de un Dios, y ¡vamos á darle muerte!," (2).

Quizá la lenta influencia de la civilización cristiana habría logrado triunfar de las antipatías de aquellos Bárbaros sin ayuda de los guerreros; pero no estaba solamente interesado en su conversión el cristianismo; lo estaba además el porvenir del Occidente: pueblos paganos rodeaban el imperio de los Francos, como antes los Germanos habían rodeado el imperio romano. Apenas asentados en sus conquistados territorios, los Francos se veían amenazados de una nueva invasión que hubiera sido más desastrosa que la primera, porque los paganos venían como enemigos del Dios de los cristianos, y la necesidad de la conservación obligó á los Carolingios á llevar la guerra y el Evangelio á las poblaciones del Norte de la Alemania. Así se explica su conversión á mano armada, más propia de los sectarios de Mahoma que de los discípulos de Cristo. Pero, aunque se verificó contra el espíritu del Evangelio, no puede negarse que tuvo felices resultados. La violencia cesó con la conquista, y entonces vinieron los pacíficos monjes, que desbrozaron los bosques, cultivaron el suelo y sembraron sentimientos de moralidad en medio de aquellos pueblos bárbaros. Así se detuvo la inmigración, que no permitía que se asentase y arraigara la ci-

vilización en el resto de Europa. La unidad de la Alemania fué preparada por la unidad de creencia y de dominación impuesta á sus tribus: "Los Francos, los Alemanes, los Bávares, los Suabos, los Turingios, los Frisones y los Sajones, unidos por lazos más fuertes, se fundieron progresivamente en la misma comunidad social, política y religiosa, y formaron el nuevo imperio germánico, que fué la vanguardia de la civilización," (1).

### II.—La guerra.—Conquista.

Roma sostuvo una lucha larga y sangrienta con los pueblos germanos. ¿Por qué fracasaron las legiones? Porque llevaban la civilización material é intelectual de la antigüedad, pero con ella el despotismo, el paganismo y la corrupción. Y es que los Germanos, destinados á regenerar el mundo antiguo, debían permanecer libres y puros hasta el momento en que la Providencia los llamase á desempeñar su alta misión. La hora había sonado. Los Bárbaros convertidos al cristianismo se repartían el imperio. La Alemania debe entrar en la sociedad cristiana, y los Francos son los misioneros armados del Evangelio: tal es la razón providencial de su feliz éxito. Dios había preparado el camino á los conquistadores. Cuando los Romanos entraron en lucha con los habitantes de la Germania, estaban éstos en toda la fuerza de su salvaje independencia. Pero las invasiones precipitadas de las hordas asiáticas y las excursiones de los pueblos de la Alemania la trastornaron; y cuando los Francos, dueños de las Galias, emprendieron la conquista de su antigua patria, se encontraban en completa disolución (2).

Los Francos hicieron la conquista de la Alemania con asombrosa facilidad: una sola batalla bastó para someter á los Turingios, y en el siglo VI se encuentra á los Bávares unidos al imperio de los Francos, sin que se sepa cuándo ni cómo se verificó la reunión. Los detalles de aquellas campañas serían de escaso interés; lo que importa hacer constar es que la civilización de la Alemania procede de la conquista de los Francos. Si hemos de creer los reproches que *Gregorio de Tours* pone en boca del rey de los Francos, para

(1) MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX*.—WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. I, p. XXIII; t. II, p. 4.

(2) WAITZ, *Deutsche Verfassungsgeschichte*, t. II, p. 62.

(1) *Epist.* S. BONIFACII, III, p. 6, ed. Serraf.

(2) MIGNET, *La Germania en los siglos VIII y IX*.

excitar el ardor de sus compañeros contra los Turingios, la Alemania era más que bárbara: "Sentid, dice Teodorico, mi injuria y la vuestra. Recordad los males que los Turingios han hecho á vuestros padres; al arrojarse sobre ellos, les arrebataron todo cuanto tenían; colgaron á los niños de los árboles por los tendones de sus piernas; dieron una muerte cruel á más de doscientos jóvenes, atándolos por los brazos al cuello de dos caballos, que, fustigados en opuestas direcciones, las destrozaron horriblemente; otras, tendidas sobre los caminos, fueron clavadas al suelo con estacas, pasando sobre ellas carretas cargadas, y sus huesos triturados sirvieron de pasto á los caballos y á los perros." (1). Ese refinamiento de crueldad no es natural ni encaja en las costumbres germánicas; sólo se puede explicar por la influencia desmoralizadora de la invasión, que destruyó las semillas que el Evangelio había echado en los países ocupados por los Romanos y rompió los lazos que unen á los hombres: la autoridad de las leyes y el freno de la religión. Faltaba á la Alemania un principio de regeneración, y lo encontró en el cristianismo.

Las primeras conquistas de los Francos en Alemania fueron una invasión más que una ocupación. Después vinieron las disensiones intestinas de los conquistadores, que favorecieron las tentativas de las poblaciones germánicas para recobrar su libertad. Y al mismo tiempo que se relajó el vínculo político que les unía á los Francos, se detuvo la propagación del cristianismo. La conversión y la conquista se reprodujo otra vez por los Carlovingios; el conquistador se apoyó en el misionero, y el misionero predicó bajo la protección del conquistador. Cuando Bonifacio emprendió su santa obra, el papa le envió una carta en la cual le recomendaba á la benevolencia del jefe de los Francos. Carlos Martel suministró al apóstol de los Germanos todo cuanto necesitaba para su misión, y su autoridad le sirvió de defensa contra los paganos. El guerrero que dispensó á Bonifacio su protección especial no debía ser un cristiano muy ferviente, puesto que la leyenda católica le ha condenado á sufrir las llamas del infierno. ¿Por qué entonces aquel celo en favor de la propagación del cristianismo? Porque el interés del conquistador

(1) GREGOR. TURON., III, 7 (traducción de CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*).

estaba íntimamente unido al interés de la Iglesia. El imperio de los Francos, fundado sobre el catolicismo, no podía extenderse entre los pueblos paganos más que con el auxilio de la fe cristiana; y á su vez, la religión no podía atraerse las poblaciones bárbaras de la Alemania más que con las armas en la mano. De ahí viene que las guerras más considerables de los Carlovingios fuesen guerras casi de religión.

La guerra contra los Sajones ha sido celebrada como una obra de civilización (1), y también increpada como un crimen (2). Ante todo conviene marcar el verdadero carácter de la lucha, la cual no tiene su origen en Carlo-Magno, puesto que las hostilidades entre Francos y Sajones se remontan á los bosques de la Germania, teniendo por causas las antipatías de raza y las rivalidades de ambición (3). Esa guerra fué tan sangrienta en tiempo de los Merovingios como en el de Carlo-Magno: "Los Sajones, dice el autor de la *Vida de Dagoberto* (4), se habían rebelado contra los Francos; pero el rey de éstos les subyugó tan completamente, que hizo perecer á todos los barones cuya talla pasaba de la longitud de su espada, queriendo que el recuerdo, siempre vivo, de aquella mortal espada sofocase la audacia de los hijos de los Sajones." Pero la audacia de los fieros habitantes de la Germania era indomable; la raza de Clovis legó la guerra á los Carlovingios. Carlos Martel emprendió una tras otra varias campañas contra los antiguos enemigos del nombre franco, y los venció sin someterles. Carlo-Magno encontró á los dos pueblos empeñados en una lucha permanente: el asesinato, el pillaje y el incendio se reproducían sin cesar en las fronteras, como dice *Eginhardo* (5).

De este modo la guerra contra los Sajones era, en su origen, una lucha de dos nacionalidades. Pero los odios de raza ocultaban un fin más elevado, el combate de la civilización contra la barbarie: los enemigos de los Francos eran también los enemigos de la humanidad. Los Sajones habían conservado toda la ferocidad de sus antepasados; los sacrificios humanos seguían manchando los altares de los dioses, y fueron necesarias las leyes

(1) LEIBNITZ, *Annal. Imperii Occid.*, t. I, p. 4.

(2) VOLTAIRE, *Ensayo acerca de las costumbres*, c. XV.

(3) LUDEN, *Historia de los Alemanes*, lib. X, c. 6.

(4) GESTA DAGOBERTI, c. 1 (BOUQUET, *Obra citada*, t. II, página 580).

(5) EGINHARD, *Vida de Carlo-Magno*, c. 7.

de sangre de Carlo-Magno para contener aquella otra horrible efusión de sangre. Su derecho de guerra era digno de su religión: "Naturalmente feroces, dice *Eginhardo* (1), y entregados al culto de los falsos dioses, los Sajones no se avergonzaban de violar las leyes humanas." Tal estado social es un hecho muy notable: demuestra que, durante largos siglos, la barbarie germánica había sido la misma: la civilización no había dado un paso en quinientos años. ¿No prueba esto que los Germanos necesitaban un impulso del exterior para entrar en la comunidad de los pueblos civilizados? Negar esto sería negar la evidencia. La guerra ha sido en la antigüedad, y lo fué también para las tribus germánicas, un instrumento de cultura intelectual y moral. El contacto con Roma y con el cristianismo civilizó á los Bárbaros. Carlo-Magno va á comunicar el mismo servicio á la raza sajona (2).

Tal es la justificación providencial de la guerra contra los Sajones. Si no hubiese tenido otra razón más que la superioridad de civilización de los vencedores, sería difícil legitimarla bajo el punto de vista del derecho. Pero aún se puede añadir, con *Leibnitz*, que era una guerra defensiva (3). Hacia el siglo IX se preparaba una nueva inmigración de Bárbaros, de la cual los Sajones formaban la vanguardia; los Normandos recorrían la mar, y el Oriente vomitaba guerreros temibles; al Norte los Húngaros, al Mediodía los Sarracenos. No había más que un medio de prevenir aquella nueva invasión: era el de llevar la guerra en medio de las poblaciones paganas que rodeaban el imperio como bestias carnívoras prontas á arrojarse sobre su presa. La larga lucha que Carlo-Magno tuvo que sostener contra los Sajones, aún cuando reunió en sus manos todas las fuerzas de la Europa, prueba bien cuán peligrosos eran aquellos enemigos de la civilización cristiana. Durante un siglo, la cristiandad fué insultada, saqueada, devastada por los Normandos, los Húngaros y los Sarracenos; ¿habría podido resistir si se hubiesen unido á ellos los indomables Sajones? (4). Gracias á las guerras tenaces de Carlo-Magno, la invasión fué contenida en su principio.

(1) EGINHARD, *Vida de Carlo-Magno*, c. 7.—Los historiadores francos dirigen á cada paso á los Sajones los cargos de crueldad y de perfidia. Por más que esa acusación parta de un enemigo, es muy creíble, por estar en armonía con lo que sabemos acerca de las costumbres de los antiguos Sajones.

(2) WAITZ, *Verfassungsgeschichte*, t. II, p. 45.

(3) LEIBNITZ, *Annal. Imperii Occid.*, t. I, p. 483, núm. 10.

(4) GUIZOT, *lec. XX*.—MICHELET, *Hist. de Franc.*, lib. II, c. I.

Aquel inmenso resultado fué debido á la alianza de las armas y de la religión. Los Sajones, heroicos representantes del paganismo germánico, no podían ser vencidos más que por una religión superior. Carlo-Magno lo presentía, y de ahí que la guerra tomase las apariencias de una cruzada: "El rey, dicen los analistas, resolvió atacar á los crueles y pérfidos Sajones, y no detenerse hasta conseguir su exterminio ó su conversión al cristianismo. Habiendo consultado á los servidores de Dios, reunió un gran ejército, invocó el nombre de Cristo y marchó contra la Sajonia, acompañado de todos los sacerdotes y doctores de la fe que podían imponer á aquel pueblo el suave yugo de Jesucristo." (1). Si los sacerdotes eran indispensables para consolidar la victoria ganando los ánimos, no menos necesarias eran las armas del conquistador para atraer al Evangelio á tan feroces Bárbaros. Un poeta de la raza de los vencidos ha declarado esa triste verdad: "¡Santa solicitud de Dios! exclama el *Monje Sajon*. El Eterno había conocido que nada podría templar el espíritu duro de aquellos hombres. Para enseñarles á suavizar su innata rigidez, para someterlos á la ley de Cristo, les dió por maestro al gran Carlos, que, domando por la guerra á los que no podía ganar por buenos consejos, les hizo entrar en la vía de salud." (2).

La guerra de los Sajones, como todas las conquistas de los hombres predestinados á quienes la humanidad saluda con el nombre de héroes, desempeñó una gran misión. Carlo-Magno salvó la cristiandad, convirtiendo á los Bárbaros, con las armas en la mano; la sangre y las ruinas fueron el germen de donde salió una civilización poderosa.

(1) EINHARDI *Annal.*, ad. a. 775.—*Vita S. Sturmi* (PERTZ, t. II, página 376).

(2) PORTA SAXO, *ad. a. 775* (PERTZ, t. I, p. 231, véase 14 y siguientes). En el epílogo, el poeta da gracias al vencedor de los Sajones por haberles iniciado en la civilización cristiana. El homenaje de ese Bárbaro es el más bello de cuantos se han tributado á Carlo-Magno (PERTZ, I, p. 257): "Yo debo á Carlo-Magno un grande afecto, le debo una gratitud sin límites. Él es quien ha hecho brillar á los ojos de nuestra nación la luz de la fe, que ha disipado las tinieblas de la superstición. ¡Cuántas y cuán formidables guerras ha necesitado sostener! ¡Cuántos peligros ha tenido que arrostrar! ¡Y qué ardor infatigable tuvo que desplegar en su empresa! Reunió todas las fuerzas de su imperio para sustraernos al culto de los demonios. ¿Quién otro que él hubiera tenido poder para suavizar la barbarie feroz de los Sajones mediante la predicación del dogma? La Providencia, en su bondad, ha hecho, por medio de Carlo-Magno, lo que sin él no se habría podido hacer. Para quebrantar aquellas almas de hierro y someterlas al Señor, magnánimo y generoso, empleaba unas veces el terror de la guerra, otras el atractivo de los beneficios, y no gozó de reposo hasta tanto que la Sajonia, rechazando sus ídolos, abrazó la verdadera fe. ¿No debe cada uno de nosotros, en la medida de sus fuerzas, pagarle el tributo de su gratitud? Si hay en mis versos alguna inspiración poética, si proyectan alguna luz, ¿no es á Carlo-Magno á quien pertenece esta gloria? ¿No es á él á quien debo todo lo que soy? Nuestros padres, no solamente ignoraban la verdadera doctrina, sino que en todo eran rudos y ciegos. Carlo-Magno es el que nos ha proporcionado la cultura en esta vida y la esperanza de otra mejor y eterna."

En los tiempos bárbaros, los males causados por la guerra se curan pronto. Un siglo despues de la conquista, la Sajonia fué el elemento más eficaz de la Alemania; príncipes de aquella raza ciñeron sus sienas con la corona imperial, y propagaron á su vez el Evangelio entre las poblaciones del Norte. Pero si debemos justicia á los conquistadores, guardémoslos, sin embargo, de justificar por los resultados los crímenes á que les arrastraron sus pasiones. Nosotros gozamos hoy los frutos de la victoria; la historia nos enseña que la derrota de los Sajones era providencial; mas, con todo, al leer los anales donde se refieren los detalles de aquellas sangrientas luchas, nuestras simpatías no están del lado de los vencedores, están de parte del heroico Wittikind, que, "despues de Herman, fué el más grande defensor de la libertad germánica," (1). El grito de la conciencia se subleva contra la atroz barbarie de Carlo-Magno, inmolando á sangre fria, vencedor y dueño de la Europa, á cuatro mil quinientos nobles sajones: "Si aquellos prisioneros, dice *Voltaire*, hubiesen sido súbditos rebeldes, un castigo semejante habria sido una pena horrible; pero tratar de ese modo á hombres que combatían por su libertad y sus leyes, es la accion de un bandido del cual han hecho un grande hombre éxitos memorables y algunas cualidades brillantes." Las leyes dadas por Carlo-Magno para prevenir la apostasia de los Sajones son más horrosas aún que la carnicería de la guerra; á cada linea aparece la muerte en aquella legislacion de sangre: contra el que pone fuego á una iglesia, la muerte; contra el robo en un templo, la muerte; contra el que se sustrae al bautismo, la muerte; contra el que come carne durante la cuaresma, la muerte! (2).

Los cargos que hacemos á Carlo-Magno más se dirigen á su época que á aquel á quien la posteridad ha dado el nombre de Grande por excelencia. Sus contemporáneos no sospecharían que la guerra contra los paganos, gloria de su reinado, le habia de ser un día imputada á crimen. Despues de la derrota de los Sajones, seguida de la conversion violenta de los vencidos, el papa Adriano escribió una carta de felicitacion á Carlo-Magno (3). La Iglesia,

(1) *VOLTAIRE, Anales del Imp., a. 772.*

(2) *Capitul., de partib. Saxon., c. 3, 8, 4 (BALUZE, tomo I, página 251).*

(3) *Epist. XXVI, Hadriani Papae ad Carolum Regem (Cod.*

órgano de la moralidad en la Edad Media, no encontró una palabra de reprobacion por la sangre con que se manchó el bautismo de los Bárbaros. ¿Ni cómo habia de vituperar la Iglesia una obra debida á su inspiracion? Siendo ella la que impulsaba á la guerra contra las poblaciones paganas, la Iglesia es tambien la que dictaba las leyes de sangre contra los apóstatas. La humanidad moderna, más exigente que el papado de la Edad Media, increpa la crueldad, sea cualquiera la causa en provecho de la cual se vierta sangre inocente. ¡Plegue á Dios que ese progreso en el desarrollo moral sostenga nuestro ánimo en un tiempo en que la moralidad pública ha sufrido tan tristes abatimientos! La humanidad se eleva de siglo en siglo, á pesar de los errores y las caidas de los hombres.

#### N.º 3.—*Los Francos en Italia.—El papado.*

Apénas se habian establecido los Francos en las Galias, cuando la Italia los atrae, y entran en lucha permanente con los Bárbaros que ocupan aquella tierra fascinadora. Los Merovingios caen sobre la Italia como una tempestad; saquean, destruyen, pero fracasan. Los Carlovingios obtienen éxito, y Roma viene á ser una parte de su imperio. En el siglo VI, los Francos se lanzaban sobre la Italia, guiados por una vaga ambicion; no representaban ninguna idea civilizadora. No así los Carlovingios, que iban á sostener á orillas del Tiber el papado, el cual habia de presidir á la educacion de la humanidad durante la Edad Media: ese gran objeto justifica su éxito.

En el siglo VIII, el papado comenzaba á ser reconocido en la Iglesia como poder espiritual; pero esto no bastaba á su mision: destinado á dominar sobre los reyes, no podia quedar bajo la dependencia del poder temporal, y necesitaba una completa libertad de accion. Si hubiese quedado sujeto á un imperio cualquiera, en lugar de ser el árbitro, habria sido el instrumento de la cristianidad. Cuando la Providencia llamaba á los Carlovingios á restablecer el poder de los Francos, los

*Carol., 91. D. BOUQUET, t. v, p. 568): «Magis de vestris a Deo præsidiatis regibus triumphis comperientes, qualiter sevas adversasque gentes, scilicet Saxonum, ad Dei cultum perduxeritis, atque Domino auxiliante, et Petre Paulique Apostolorum principum interventionem suffragante, sub vestra eorum colla redacta sunt potestate, eorumque optimates subjugantes, divina inspiratione, regali annis, universam illam gentem Saxonum ad sacrum deduxistis baptismatis fontem.»*

Lombardos disputaban la Italia á los Griegos; cualquiera de estos últimos que hubiera sido el vencedor, la victoria tendria que ser fatal al papado. Roma hacia parte del exarcado; sus obispos estaban sometidos al emperador, como todos los obispos de Oriente. El emperador ejercia una verdadera soberania sobre la Iglesia; la imponia leyes religiosas, y la resistencia era castigada como traicion. Si los Griegos hubiesen vencido, el pontificado y la Iglesia habrian dejado de existir. En cuanto á los Lombardos, sabido es que eran arrianos y que aspiraban á la soberania de la Península; sus relaciones con los papas necesariamente tenian que ser hostiles; y si se hubiesen apoderado de Roma, el papado podia tambien darse por extinguido. Para que los destinos del mundo se cumpliesen, debian, pues, sucumbir los Lombardos.

Pero los papas eran impotentes para resistir á sus temibles enemigos, y el imperio griego, de que Roma dependia, era tan débil como el papado. Miserables disputas de teología ocupaban toda la actividad de los emperadores, y en los momentos en que hubiera sido necesario concentrar todas las fuerzas para defender á Roma contra los Bárbaros, los emperadores de Constantinopla hacian la guerra á las imágenes y á los frailes. Entre tanto crecia el peligro. Ya la parte de Roma no protegida por sus murallas era presa del saqueo y de la destruccion; la misma iglesia de San Pedro, que habian respetado los Godos arrianos, no se libró de los insultos de los Lombardos. Los papas, en el último extremo, buscaron proteccion en los Francos. Cuando Gregorio III se dirigió á Carlos Martel, no existia entre el papado y los Francos más vinculo que el de la comunidad de creencias. Y el mayordomo de palacio no tenia ningun motivo personal para acometer una empresa larga y peligrosa del otro lado de los Alpes. Pero ya en tiempo de su hijo, los intereses de la familia carlovingia y los del papado se habian identificado hasta el punto de que las guerras contra los Lombardos tuviesen el doble objeto de libertar al papado y de engrandecer la dominacion franca.

Pipino era rey de hecho y queria serlo de derecho. Al efecto, envió un delegado al papa para proponerle la célebre cuestion de si debia ser rey aquel que no tenia ningun poder en el reino y solamente llevaba tal nombre, ó aquel otro por quien el reino estaba gobernado y que tenia el cuidado

de todas las cosas. Zacarías respondió que valia más que aquel que poseia ya la autoridad de rey lo fuera en efecto (1). Pipino recibió el oleo de la real consagracion de manos de Bonifacio, el apóstol de la Alemania, y no pareciéndole suficiente aquella consagracion, como el papa Estéban fuera en persona á solicitar el apoyo de los Francos, Pipino se hizo consagrar de nuevo, con todos sus hijos, y el pontífice intimó á los nobles que asistian á la ceremonia que no eligieran reyes más que en la familia de Pipino, bajo pena de excomunion (2).

Desde aquel momento, los reyes francos fueron los aliados de los papas. El advenimiento de los Carlovingios y su alianza con el papado eran hechos providenciales. Roma iba á ser presa de los Lombardos; Pipino la salvó. Pero apénas habia dejado la Italia el vencedor, cuando los Lombardos rompieron de nuevo las hostilidades. El orgulloso Hastulfo exigió que el papa le fuera entregado así que la ciudad se rindiese, en cuyo caso tendria piedad de los Romanos; de otro modo, destruiria á Roma. Estéban, viéndose en tan apurado lance, usó de un artificio sin ejemplo, dice *Fleury*; escribió á los Francos una carta en nombre de San Pedro, como si el apóstol, movido de la angustia en que se encontraba la Iglesia, hubiese resucitado para defenderla: "Pedro, llamado al apostolado por Jesucristo... Creedlo firmemente, vosotros los que me sois tan queridos, y no lo dudeis, cuando yo mismo os hablo, como si hubiese resucitado con mi propio cuerpo y estuviera vivo ante vosotros. Yo soy el que os conjuro hoy... La Madre de Dios, María, os solicita, os amonesta, os manda. Los tronos y las dominaciones, los mártires y los confesores de Cristo os conjuran para que tengais piedad de esta ciudad de Roma que el Señor me ha confiado y de su Santa Iglesia que Dios me ha encomendado... Si me obedecéis prontamente, recibiréis una gran recompensa en esta vida; venceréis á todos vuestros enemigos, viviréis largo tiempo, gozando los bienes de la tierra, y obtendréis con seguridad la vida eterna... No permitais que mi ciudad de Roma y el pueblo que la habita sean desgarrados por la raza de los Lombardos, si no quereis que vuestros cuerpos y vuestras almas sean atormenta-

(1) Véanse los testimonios de ese hecho en *MLLÉ. LÉZARDIÈRE, Teoria de las leyes políticas, t. VIII, Pruebas, página 245 y siguientes.*

(2) *ANASTAS., Vita Stephani II (BOUQUET, t. v, p. 436).*